

# EL SENO FEMENINO EN LA CULTURA TRADICIONAL

Joaquín Díaz González

*Académico*

**RESUMEN:** La importancia dada en la vida tradicional a la leche procedente del pecho femenino va más allá de la explicación de ser un alimento perfecto para los recién nacidos al proporcionarles anticuerpos que previenen enfermedades. Si se recurre a la mitología clásica, recordada y renovada durante el Renacimiento, encontramos numerosos ejemplos en los que la leche materna se usa como excusa para ejemplificar o explicar el origen de numerosos relatos, algunos llegados a nuestros días con extrañas exégesis salvo si se conocen las fuentes.

**PALABRAS CLAVE:** Seno. Tradición. Creencias. Leyendas. Folklore.

## *THE BREAST IN THE TRADITIONAL CULTURE*

**ABSTRACT:** The traditional importance of the breast milk goes beyond its status as perfect nourishment for the newborns due to its disease preventing antibodies. In the Greco-Roman mythology, remembered and rekindled during the Renaissance, we find many examples where the breast milk is used to exemplify or explain the origin of a large number of tales, some of them found today with exegesis that would seem odd to those not familiar with the sources.

**KEY WORDS:** Breast. Tradition. Beliefs. Legends. Folklore.

La tradición, es decir la entrega de materiales de una generación a otra, sugiere un cultivo, un cuidado por las creencias y conocimientos previos que los convierte al mismo tiempo en algo singular pero complejo. Se hace cada día más necesaria una reflexión seria y profunda sobre la cultura tradicional, sus principales agentes –que fueron nuestros antepasados– y sus beneficiarios, que somos nosotros mismos. Creo que uno de los peligros inherentes a un mundo tan variable y veloz como el nuestro es la imposibilidad de ejercitar esa introspección. Reflexionar significa plegarse, doblarse sobre uno mismo, y contemplarse a la luz de lo que nos rodea. Los medios de que la sociedad dispone para el

intercambio de ideas y para la comunicación de conocimientos, nos invitan a lo contrario: a contemplar y no pensar, a ser espectadores pasivos de casi todo. Además la reflexión sobre lo propio, el hallazgo de lo patrimonial en nuestra forma de ser y en nuestra educación, representa el reto más glorioso al que puede enfrentarse el individuo de hoy: descubrir lo esencial del pasado, de nuestro pasado, e incorporarlo sin traumas al futuro.

Redescubrir el sentido verdadero y cardinal de los objetos cotidianos o del lenguaje comunicador pueden servirnos para colocar al ser humano en el lugar que le corresponde, que es el de inventor y usufructuario de la realidad al mismo tiempo. Y uno de los medios



El origen de la Vía Láctea, por Tintoretto (c. 1575-1580). National Gallery, Londres.

para enfrentarnos positivamente a ese redescubrimiento de nuestro patrimonio es aceptar de forma natural que hemos sido educados en una cultura que simultaneaba la recepción de creencias muy antiguas, formadas principalmente en los albores del individuo como ser social, con la adquisición de conocimientos contrastados por el mundo científico o académico, lanzado ya a una imparable carrera desde el siglo XIX.

Esas dos vías de conocimiento, sin embargo, a las que más recientemente vino a incorporarse una vía de divulgación representada por poderosos medios de comunicación (habitualmente carentes de la posibilidad del aná-

lisis por su misma liviandad y dinamismo), han convivido en nuestra educación sin excesivos conflictos. Aceptamos como ciertos determinados hechos que apenas soportarían un examen científico, pero debemos reconocer al mismo tiempo que la ciencia ha evolucionado, olvidando eso sí sus errores precedentes, mucho más que la tradición. Creencias como la de la creación de la vía láctea –que luego comentaremos– y los últimos descubrimientos acerca del sistema solar no se contradicen porque se generan en diferentes niveles. En las primeras, es decir en las creencias, hay, permanentemente, una explicación desde el individuo, una respuesta antropológica, mientras que a los

segundos, a los descubrimientos científicos, se llega por la tecnología, en perpetuo movimiento y en fulgurante evolución. Lo importante, pues, es no rechazar ninguna de aquellas vías pues han contribuido a lo largo de siglos a la formación de nuestro carácter, de nuestra identidad y de nuestra capacidad de expresión.

La palabra seno siempre tuvo en castellano el mismo sentido que en latín, es decir, el significado de cavidad (de ahí los derivados sinusitis, sinuoso o ensenada, por ejemplo) y solo por influencia del francés fue aceptándose a lo largo del siglo XIX que la primera acepción pasase a ser la del pecho femenino. Luego hablaremos algo más de ello al tratar un pequeño apartado sobre los dichos populares.

Para comenzar, partiremos de la idea de que la palabra pecho –o seno, si aceptamos la acepción francesa, usada ya en ese país desde el siglo XIII pero más especialmente desde el XVI–, tiene un contenido semántico mucho más rico si hablamos del femenino que si hablamos del masculino. En ese contenido entran, con carácter distintivo, algunas funciones inequívocas como la de ser un órgano lactífero y otras, más susceptibles de opinión, como la de ser fuente de sensualidad.

A lo largo de la historia ha habido innumerables relatos populares en los que se destaca la importancia de la leche materna, como alimento y como símbolo. Recordemos que una de las narraciones populares recogidas por Publio Valerio Máximo en sus *Hechos y dichos memorables* dedicados al emperador Tiberio, ya relata la curiosa historia –curiosa por ejemplar pero también por peregrina– de una hija que amamanta a su propia madre<sup>1</sup>. El cuento, antiguo y renovado hasta la saciedad en épocas sucesivas, trae a colación la piedad y caridad de una hija hacia su madre quien, presa y condenada a muerte, es abandonada a su suerte en la prisión por ser noble y no atreverse su carcelero a ejecutar la sentencia de forma violenta. La hija acude a visitar a la madre y, al tener estrictamente prohibido in-

troducir alimentos en la cárcel, decide lo que, en lenguaje y expresión medievales, nos explica Bocaccio en una edición española de su obra sobre algunas mujeres ilustres:

*Obtuvo y recabó que la deixasen entrar dentro y a la madre que perecía de hambre socorrió con sus tetas, ca abundaba de leche porque era recién parida. En fin, continuando algunos días, comenzóse de maravillar el que la guardaba cómo vivía tanto sin comer y, secretamente, púsose a mirar qué es lo que hacía. Y vio cómo se sacaba las tetas y las ponía en la boca a su madre. Y maravillándose de la piedad y modo nunca acostumbrado de criar y alimentar de nueva manera a la madre, contólo al carcelero y el carcelero al Juez y presidente y el presidente al Consejo público. Por lo cual, de común consentimiento de todos, fue relajada la pena de la madre, la cual merecía, y fue dada en don y gracia por la piedad y amor de la hija<sup>2</sup>.*

Actitud tan virtuosa fue premiada no solo con la libertad de la encausada sino con la duración de su hazaña por los siglos de los siglos. Un caso similar es narrado a continuación en el mismo libro de Valerio Máximo aunque cambiando el protagonismo de la madre por el del padre:

*En la misma consideración se ha de tomar la devoción filial de la joven Pero, que a su propio padre Micón, cuando éste sufrió una similar desgracia e igualmente estaba confinado en la prisión siendo de edad muy avanzada, lo amamantó, aproximándolo a su pecho como un tierno infante.*

Y continúa Publio Valerio refiriendo que la mirada de los hombres «se queda fija y estupefacta cuando contempla una pintura sobre este tema» y relata la admiración que despertaba en su tiempo –se conoce ya un fresco en Pompeya representando la escena–, pareciendo que los personajes que allí se pintaban eran seres que vivían y respiraban, tan humano y enternecedor era el retrato. La afición renacentista por los temas clásicos hizo que muchos pintores seleccionaran el motivo para

incluirlo entre sus obras y durante el barroco Caravaggio lo incluyó en su pintura *Las siete obras de misericordia* con la intención de que reflejara los hechos virtuosos de visitar a los presos o enfermos y dar de comer a los hambrientos y Rubens lo pintó en varias ocasiones. Naturalmente el tema reaparece en el Romanticismo, probablemente reclamado por el revisionismo clasicista de la época pero alimentado también por las traducciones y recreaciones literarias del tema. A guisa de ejemplo traeré aquí, para representar a todos los autores que reviven de tiempo en tiempo el relato, los versos de Francisco de Guzmán quien en sus *Triunfos morales* escribe<sup>3</sup>:

A muerte fue por mala condenada  
La madre de la hija más piadosa  
Que Tulia más arriba ya nombrada  
La hija de Servilio maliciosa.  
La cual mujer, en cárcel encerrada  
Por no le dar la muerte vergonzosa  
querían que de hambre se muriese  
do nadie su pecado conociese.

La hija de la cual entrar podía  
A verla cada hora que quisiese,  
Mirándola contino si metía  
Viandas a la madre que comiese.  
Mas viendo ya que muerta ser debía  
Buscó la guardia modo que pudiese  
Secretamente ver de qué manera  
Vivía la cuitada prisionera.

Y solas otra vez las dos estando  
Miró por cierta parte muy secreta  
Y vio a la triste madre que mamando  
La hija sustentaba con la teta.  
Lo cual el carcelero publicando  
Mandaron por justicia harto recta  
Que fuese, por la hija ser tan buena,  
La mala madre libre de la pena.

Independientemente del sentido ejemplar de la historia, se repite una constante, que aparecerá siempre que se hable en distintas culturas de la leche materna y que es su carácter sagrado o reverencial. El género humano,

tan dado a crear mitos en su constante e inevitable relación con la naturaleza, inventó numerosas leyendas acerca de la importancia de esa leche materna que resumiré en solo tres: la creación de la Vía láctea, el nacimiento del hijo serpiente y la piedra de leche.

La primera narración parte de la mitología griega. Es Zeus, omnipresente administrador de voluntades, quien la protagoniza, al tomar la forma de Anfitrión, regente de Micenas, y acostarse con su esposa Alcmena. Ésta, enfadada con Anfitrión por un caso previo en el que habían muerto sus hermanos, no había dejado acceder al tálamo a su esposo hasta que regresase de una empresa guerrera en la que habría de vengar la afrenta y recuperar su honor. Zeus aprovecha la circunstancia y aparece en figura del esposo, prolongando la noche y el acceso carnal nada menos que durante treinta y seis horas gracias a los buenos oficios de la Luna. Orgulloso de su hazaña, Zeus se jacta después en el Olimpo de que pondrá Hércules a su hijo y que éste será jefe de la casa de Perseo. La diosa Hera, su esposa, le hace jurar que quien nazca antes del anochecer será ese jefe y luego, con tretas mágicas, hace parir antes a Nícipa, otra candidata a aumentar aquella estirpe. Encolerizado, Zeus obliga a Hera a mudar el juramento a cambio de los famosos y complicados doce trabajos...Lo que nos interesa del caso es que Zeus, al saber que Alcmena ha abandonado a Hércules por conocer quién era el padre, convence a su hija Atenea de que vaya con Hera al lugar en que ha quedado olvidado Hércules niño. Atenea le entrega el infante y éste se aferra con tanto ímpetu al pezón de la diosa, que Hera, asustada y dolorida, le separa violentamente de su teta produciéndose de esta forma los dos hechos sobrenaturales: la creación de la vía láctea al derramarse por el cielo la leche de Hera y la conversión de Hércules en un ser eterno al haber probado del divino alimento.



La segunda narración, frecuente en numerosas culturas, cuenta la historia de una joven que rompe con la prohibición de bañarse durante la menstruación. Al entrar en el río es fecundada por una serpiente. El niño que nace es humano por el día, pero por la noche se convierte en ofidio que succiona los pechos de su madre. El padre de la joven, tras conocer el caso, pretende matar al niño pero éste huye con su madre y trata de protegerse subiéndose a un árbol. La madre no puede seguirle pero contempla cómo su hijo se enrosca al tronco y tras arrojarle éste algunas frutas del mismo para que se alimente con ellas le confiesa que ése es el árbol de la vida. El mito enlaza con algunos relatos nórdicos en los que Sigfrido el héroe adquiere el conocimiento tras probar la sangre de Fafnir, transmutado en dragón o serpiente, y también entronca con la narración bíblica en la que Eva descubre su condición por escuchar y creer a la serpiente, que está enroscada precisamente en el árbol del bien y del mal.

La relación entre la serpiente y la mujer no acaba ahí, por cierto. Todavía en muchos pueblos se recuerda la costumbre de echar ceniza o serrín alrededor de la cuna de los niños para saber si alguna culebra accedía al cuarto durante la noche. La creencia de que las culebras, astutamente, mamaban de la teta de la madre y mientras eso sucedía introducían su propia cola en la boca del niño para que no llorase, nos lleva, inevitablemente, a recordar la costumbre que tienen todavía algunas mujeres de zonas rurales de agarrarse una teta cuando se habla de culebras o víboras.

La tercera creencia, forjada alrededor del uso de algunas piedras, consideradas tradicionalmente como preciosas, se remonta al menos hasta la antigua Grecia también. Algunas piedras blancas, machacadas y mezcladas con hidromiel producían abundante leche a las madres con niños lactantes. Determinadas piedras, variedades de creta blanca, usadas probablemente en el neolíti-



La caridad romana, por Basilio Fumo.  
Museo Arqueológico Nacional.

co como pequeñas hachas, eran consideradas como amuletos excelentes para favorecer la producción de leche en las recién paridas. Colgadas del cuello podían conseguir incluso que, sobre el pecho aumentaran la producción de leche y a la espalda retuvieran la misma. La antigua costumbre de las amas de cría, nos permite observar hoy, gracias al estudio de aquellas tradiciones, algunos de los objetos que se consagraron para el uso que estamos comentando. El oficio de ama de cría existió desde siempre. Al menos desde el momento en que una mujer pudo pagar a otra para que le sustituyese en el menester de dar el pecho al hijo en el periodo de lactancia. Sucede, sin embargo, que aquello que en otros tiempos pudo ser una necesidad, en el siglo XIX (ese siglo inquieto y tornadizo) vino a convertirse en un lujo. Mujeres del campo acudieron entonces a la ciudad para tratar de suplir con sus indispensables atributos –salud y abundancia– lo que las madres de la cada

vez más poderosa burguesía no podían o no querían dar: es decir, la leche. Se produce así una emigración exclusivamente femenina de los pueblos a la urbe, que me atrevería a calificar de injerto social y antropológico.

Las costumbres, las creencias de estas amas –como antes sucediera con otros personajes del tipo aguador o arriero y después con los serenos, por ejemplo– vienen a implantarse y desarrollarse lejos del terreno propicio y del humus fecundo que les dieron origen. Por eso precisamente esas formas llamaron tanto la atención y llegaron a crear un prototipo de personaje casi escénico cuya vida y milagros fueron descritos por costumbristas y periodistas de la época pero también por estudiosos de ahora mismo<sup>4</sup>.

La decadencia de las amas llega con los avances científicos en materia de alimentación. Los conocidos «potitos» y otros productos, unidos a una conciencia social que ya comenzaba a sentir remordimiento por determinadas formas de explotación, acaban con un oficio que tuvo, sin embargo, una vertiente humana y afectiva realmente adorable. Pues bien, entre las joyas que adornaban las gargantas y pechos de las amas, estaban esas piedras de leche, convenientemente engastadas en plata para ensartarse en sus collares de donde también colgaban numerosas monedas de plata, símbolo de su estado –indudablemente superior al de una simple criada– pero también ostentación imprescindible para quienes habían crecido socialmente por algo tan natural como la leche de sus pechos.

Si en el ámbito de las creencias una piedra podía aumentar la cantidad de leche, en el terreno del curanderismo un simple bebedizo de mercurial o de vincapervinca podía cortar el flujo. Sabemos que, precisamente por ser apreciadas estas amas en las casas pudientes de las ciudades, eran a menudo objeto de las burlas y, más aún, de las iras malintencionadas del resto de la servidumbre que no dudaba en echarles perejil en la comida para que se



La Caridad romana, por Rubens. Museo Hermitage. San Petersburgo, Rusia.

les cortara la leche. Ya decía el refrán: «Amasois, ama, mientras el niño mama, luego que no mama, ni ama ni nada». Y otro dicho sentenciaba: «En tanto que cría, amamos al ama, en pasando el provecho, luego olvidada».

Juan Eslava Galán en su *Historia secreta del sexo en España* recuerda el camino por el que habitualmente debía pasar la joven de pueblo que quería servir de nodriza: «Desde las provincias más deprimidas, que eran casi todas, llegaban a Madrid docenas de mozas sanas y humildes que buscando escapar de la miseria del medio rural, aceptaban ganarse la vida como amas de leche. La inexcusable preñez inicial que les haría bajar la leche la proporcionaba, a cambio de módicos emolumentos, un tal Paco, apodado «El seguro», que se ofrecía para tan delicado expediente en la Plaza Mayor de Madrid. En la tarifa del garañón iba incluida la colocación de la moza en una casa de confianza que él mismo agenciaba». Innumerables anuncios en los periódicos de la época nos recuerdan la importancia del tema y la abundancia de oferta y demanda: «Se ofrece ama de cría, montañesa, que desea colocarse en casa de los padres de la criatura»... o «Hay una casada que desea colocarse, bien sea en su casa o en la de los padres de la criatura»<sup>5</sup>...

Pero por extraño que nos parezca el oficio del tal Paco, más ha de sorprendernos otro, denominado del «mamador», que consistía



Cimón y Pero, de Dirck Van Baburen, h. 1624.  
Galery of Art, de York.



Cimón y Pero, de Jean Baptiste Greuze, h. 1767.  
Getty Centre. Los Ángeles.

en que un individuo, con evidente facilidad y suponemos que escasos escrúpulos, se dedicaba a mamar de los pechos de las mujeres que tenían algún obstáculo para la salida de la leche, acumulada en los conductos lactíferos. No siempre era efectiva la operación, sin embargo, dependiendo del tipo de afección o de quiste el éxito del famoso «mamador» quien compartía sus actividades, sobre todo después de la guerra civil, con otros oficios raros como el lañador o el saborero, poniendo grapas el primero y metiendo el segundo el hueso del jamón en las ollas que sacaban las amas de casa a la puerta de la calle. Otra solución al problema de los pechos hinchados o tumefactos por la leche eran los ungüentos, del tipo del que ya aparece en el siglo xvii como receta maravillosa en el *Libro de remedios de san Anselmo*<sup>6</sup>, con la siguiente fórmula:

*Tomad medio litro de vino blanco bueno, una libra de miel y doce yemas de huevos; cocedlo todo a fuego lento hasta que se consuma el vino, a continuación echad esta masa en una olla de barro vidriada, bien tapada. Esta mezcla se aplicará sobre el mal, mañana y tarde, en estopas bien calientes con hojas de berzas rojas, aplicándolo hasta que supure el tumor y desaparezca el mal.*

El uso del vino blanco, si bien en bebedizo, ya había sido puesto de manifiesto en el libro *Probadas flores romanas de famosos y doctos*

*varones compuestas para salud y reparo de los cuerpos humanos*, donde para volver la leche a cualquier mujer «se toma cristal hecho polvos bien sotiles y dáselo a beber con vino blanco y es bien probado»<sup>7</sup>.

Todas estas fórmulas, tenidas por buenas porque en realidad no causaban daño alguno, se acumulaban a la gran cantidad de supersticiones que llegaban de edades pretéritas sin haber sido filtradas o alteradas por la reflexión. Para que la leche bajara bien se decían unas oraciones tres veces al día pero nunca en día lluvioso porque de otro modo la leche saldría poco nutritiva o aguada. Si al niño le empezaba a sentar mal la leche, la madre le colocaba para darle el pecho de forma que su cuerpo y el del infante formaran una especie de cruz; si se ahogaba al mamar se le colocaba a la cintura una cuerda con siete nudos; si vomitaba se le colgaba del cuello una llave de hierro o bien se metía esa misma llave en un plato de leche de animal, pero siempre que fuese una llave hueca; si el niño lloraba puntualmente a la misma hora se consideraba la posibilidad de que hubiese sido aojado por alguna mala persona con poderes y para remediar eso se obligaba a madre e hijo a llevar la correa de san Agustín, contra brujas y aojadores. Cuando se quería destetar al niño se le colocaba debajo de la cuna un huevo para que lo prefiriera como alimento y empezara a olvidar la leche

materna. En otros casos se encendía un fuego con leña de higuera verde y allí se echaba la leche sobrante de la madre, con cuidado de no echarla fuera porque decían que donde se arrojará crecerían unos seres, mitad hombrecillos mitad bestias. Entre los pastores –para que se vea que estas costumbres no se aplicaban solo a los seres humanos– se procuraba que las ovejas que estaban criando no durmiesen debajo de una higuera porque se les retiraba la leche. Los calostros, por ejemplo, eran considerados como muy nutritivos y se tenía la seguridad que el niño que no los mamaba se quedaría raquítico o estaría expuesto a cualquier enfermedad. La misma madre solía tener la creencia, transmitida secularmente, de que debía alimentarse con una ración extra de pan durante el tiempo que durara la lactancia.

Aunque luego insistiremos en algún aspecto más de la herencia innegable debida a la tradición egipcia, recordaré unas máximas de Ani, escriba que dejó sus experiencias trascritas hacia el 1550 antes de Cristo, porque reflejan no solo el cuidado que las madres egipcias mostraban hacia sus hijos, sino la moneda filial con la que luego éstos debían de pagar los desvelos maternos: «Duplica los panes que debes dar a tu madre. Llévala como ella te llevó, cargando muchas veces contigo y no dejándote en el suelo. Luego que te dio a luz tras nueve meses ofreció su pecho a tu boca durante tres años, te llevó a la escuela y, mientras te enseñaban a escribir, ella se sostenía durante tu ausencia, cada día, con el pan y la cerveza de su casa. Ahora que estás en la flor de la edad, que has tomado mujer y que estás bien establecido en tu casa, dirige los ojos a cómo te dio a luz, a cómo fuiste amamantado como obra principal de tu madre».

En realidad la observación de algunas dolencias del pecho es bien antigua y la certeza de que algunos síntomas como la retracción del pezón eran signos de malignidad ya la tuvo Leónidas de Alejandría. Aecio de Mesopotamia descubrió la posibilidad de que un

tumor pudiera desplazarse a la cavidad axilar. Hasta la época de Pablo de Egina, en el siglo VII, no se impuso la solución quirúrgica, aunque los medios usados, como puede suponerse, no eran los más adecuados y seguía utilizándose la adormidera como calmante.

Otra solución, más mental, era la de encomendarse a la patrona de las enfermedades del pecho, santa Águeda, cuya historia ya recogió Santiago de la Vorágine en su famosa *Leyenda dorada*. Ágata o Águeda, hija de un noble de Catania sufrió tortura y todo tipo de humillaciones de parte del cónsul de Sicilia Quintiliano, quien no dudó en someter a la joven a innumerables malos tratos hasta llegar al hecho que define a la santa como protectora de los males en el pecho de la mujer. Escribe Vorágine: «Quintiliano mandó a sus esbirros que laceraran a la joven en uno de sus pechos y que luego, para aumentar y prolongar su sufrimiento se lo arrancaran lentamente. Mientras estaban cumpliendo esta orden, Águeda dijo al cónsul: –Impío, cruel y horrible tirano, ¿no te da vergüenza privar a una mujer de un órgano semejante al que tú, de niño, succionaste reclinado en el regazo de tu madre? Arráncame no uno, sino los dos, si así lo deseas: pero has de saber que aunque me prives de éstos, no podrás arrancarme los que llevo en el alma consagrados a Dios desde mi infancia y con cuya sustancia alimento mis sentidos». Tras la extirpación Quintiliano ordena que la encierren sin alimento y sin cura, prohibiendo terminantemente que ningún médico accediera a la cárcel. Águeda recibe la visita nocturna de un anciano quien, bajo la excusa de que conocía la forma de curar los pechos le pide a la joven que se los enseñe. Ésta se resiste y alega que tiene a su disposición el poder de Jesucristo que con una sola palabra restaurará lo dañado. En ese momento el anciano se descubre como un apóstol enviado por Cristo, en concreto san Pedro, y le sana, retirándose después en medio de un gran resplandor. Quintiliano insiste en su maligno propósito



pocos días después al ver que Águeda está curada y pretende quemarla viva, aunque al intentarlo se produce un terrible terremoto y posteriormente un levantamiento popular a favor de la joven que disuade de nuevo al tirano y Águeda es devuelta a la prisión donde ruega a Dios que la lleve de la tierra al cielo. Al morir es acompañada por un cortejo de jóvenes bellísimos que aportan una lápida para poner sobre su tumba. En la lápida se leía la inscripción «*Mentem sanctam, spontaneam, honorem Deo et patriae liberationem*», lo cual quiere decir «tuvo un alma santa; se consagró al Señor decididamente; dio honor a Dios y alcanzó el premio de la vida eterna»<sup>8</sup>.

Al menos aquí en la tierra se la recuerda el día 5 de febrero y este último epitafio aparece desde hace siglos en numerosas campanas que están dedicadas a ella. Por si fueran pocos todos los méritos mencionados, aún se atribuye a la santa otro milagro que la hace acreedora del honor de proteger a las mujeres recién paridas. Se cuenta que en 1226, Águeda se apareció a un caballero que servía en la corte del emperador bizantino y le ordenó que volviera a dar traslado a sus restos —principalmente los pechos, que se habían conservado incorruptos— a Sicilia, de donde habían salido hacia Bizancio en 1040. En el viaje, y mientras reposaba del cansancio del camino, el caballero dejó las reliquias al borde de una fuente, a donde se acercó a lavar sus ropas una madre que estaba amamantando. Al terminar su trabajo se quedó dormida y el niño, hambriento, tomó los pechos de la santa de donde extrajo la leche deseada. Mientras lo hacía apareció una procesión que bendijo a la santa y, a partir de ese momento, en el mundo cristiano se la venera como la verdadera protectora de una buena lactancia y de las enfermedades de los pechos.

Son numerosos los santos que le acompañan en esa facultad y son benefactores de las madres en período de lactancia, como san Mamerto, san Mamés, san Mamilo o san Ma-



San Pedro visita a santa Águeda, por Andrea Vaccaro. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

mante en Italia, aunque ninguno alcanza la veneración y el entusiasmo que despierta santa Águeda, con cuyo efecto milagroso se relacionan unos pequeños panecillos en forma de teta que se hornean y se venden todavía hoy a comienzos de febrero en algunos lugares de España.

Algunas advocaciones de María, en especial la Virgen de la leche, también son mediadoras y otorgadoras de remedios para los pechos aunque su principal significado es más bien simbólico y se refiere a la comparación del alimento que la Virgen dio a Cristo con el sustento espiritual que la Iglesia ofrece al cristiano. Todas estas advocaciones nos remontan al Egipto copto donde muy frecuentemente aparece la imagen de Isis amamantando a Horus, su hijo. Precisamente en los llamados *mammisi* (que significa casas del nacimiento) o edificios anexos a los grandes templos grecorromanos de Egipto aparecen numerosas representaciones de la esposa y hermana de Osiris dando el pecho a su hijo, representaciones que luego se reproducirían en amuletos. Algunas de las letanías que se le recitaban a

Isis como «señora inmaculada» o «reina del cielo», permiten con mayor base asimilar su figura de reina madre, con la de algunas prendas y advocaciones de la Virgen.

Respecto a esos exvotos o amuletos que podíamos encontrar hasta hace muy poco tiempo en la mayoría de los camarines o sacristías de iglesias y ermitas españolas, cabe recordar que, los referidos a una curación o a un favor obtenido, solían hacerse de cera o metal. Uno de los médicos que más escribió acerca de la tradición, Antonio Castillo de Lucas, recordaba en su obra *Folkmedicina* que quienes ofrecían tales exvotos solían ser gentes crédulas que consideraban al cáncer de mama como un bicho con patas y raíces que corroía el organismo. Para tratarle, se echaba mano de dos métodos, uno, por decirlo así, mágico y el otro contemporizador. Para el primero, se recurría a ensalmos como aquél, largo y esotérico que había de recitarse durante nueve días, que comenzaba:

Tres hombres santos van  
 Por un camino adelante  
 A Jesucristo encontraron:  
 Hombres santos ¿qué buscáis?  
 Fuimos al monte Calvario  
 Por hierbas para bendecir  
 Úlceras, cirros y cánceres...

Y continúa Castillo de Lucas: «El cáncer de mama, escirro o zaratán, por ser la neoplasia más externa y palpable que el vulgo conoce mejor, en principio se trata con parches y remedios caseros de emplastos y cataplasmas, confundiendo la pequeña tumoración incipiente con las mastitis crónicas, residuales de mastitis puerperales; la evolución espontánea es la ulceración, tomando después el terrible aspecto de la carne corroída por el bicho canceroso... A santa Águeda se encomiendan las mujeres que padecen zaratanes y «pelos en el pecho» (mastitis puerperales) y como recuerdo de gratitud ofrecen con sus oraciones un exvoto. En Madrid consérvase el recuerdo

de este culto por una calle, llamada de Santa Águeda, situada frente a la sala de los Zaratanes, del antiguo hospital de San Antón, hoy Escuelas Pías de este santo abad»<sup>9</sup>.

Y concluye: «Métodos contemporizadores podríamos decir que son los que tratan de aplacar los dolores con emplastos de hierbas; muy afamada es en Galicia con este fin la planta «aguyeira». Para que el bicho no corroa los tejidos del enfermo, se coloca todos los días sobre la superficie ulcerada un trozo de carne cruda para que este supuesto animal se alimente». Castillo de Lucas se refiere a una planta geraniácea llamada pie de paloma que en algunos lugares se confunde con la planta de San Roberto o «herba de agulla», excelente según la tradición para soldar heridas frescas o encorar llagas antiguas. Sin embargo el remedio más peregrino viene en el *Hortus sanitatis* donde se recomienda para curar los pechos de las mujeres la ceniza de múrices con miel usados como emplasto<sup>10</sup>.

Acerca de la consideración del cáncer como «bicho» escribe José María Iribarren en su *Retablo de curiosidades*: «El vulgo tiene del cáncer una idea torcidamente macroscópica; lo suponen un bichillo voraz (una especie de cangrejillo; el cangrejo del signo del Zodíaco) y lo que hacen es saciarlo para que no se ensañe con el enfermo, a cuyo efecto le aplican a éste en la región afecta trozos de carne cruda de carnero. Es el procedimiento que aparece en la Crónica de los reyes navarros del príncipe de Viana, quien hablando de los últimos días del gordo y gigantesco Sancho el Fuerte, dice que era caído en gran flaqueza por el gran mal, ca tenía cáncer en la pierna, que cada día le comía una gallina» (Quiere decir que el cáncer del monarca lo saciaban con trozos de carne de gallina a razón de una gallina diaria) –y continúa– Y a propósito de gallinas, cuando los niños nacen con síntomas de asfixia les introducen en el ano el pico de una gallina viva y lo mantienen allí hasta que el crío respira. En tales trances la que se asfixia y muere es la pobre

gallina y es de ritual que la madre se la coma o, al menos, que se beba su caldo»<sup>11</sup>.

Entremos ahora en el ámbito de las expresiones populares –cuentos, canciones, romances, dichos–, donde se refugia la sabiduría antigua y que parece propicio (por coloquial y desenfadado) para el uso cotidiano de diferentes términos con los que designar el pecho femenino. La palabra seno, ya lo hemos comentado, significa hasta tiempos cercanos o bien una cavidad o, como mucho, el espacio entre el vestido y el pecho. Así lo recoge Sebastián de Horozco en el siglo XVI en su *Teatro Universal de Proverbios*, extraordinario compendio de refranes comentados, cuando escribe:

Cualquier persona que tiene  
Hijos propios que criar  
De los demás no le pene  
Que cuando no cata viene  
Por su casa que llorar.  
Aunque el lugar esté lleno  
De nuevas de su vecino  
Quien tiene tetas en seno  
No publique hado ajeno  
Porque nadie es adivino.

Con cuya sentencia viene a decir el autor que antes de criticar a los demás debemos mirar nuestra propia vida siguiendo la máxima evangélica de reconocer la viga de nuestro ojo antes de que nos parezca mal la paja en el ajeno.

El mismo Horozco escribe en otro dicho glosado de su monumental obra<sup>12</sup>:

Mayor fuerza y más poder  
Que un Roldán tiene la dama  
Para tirar y atraer  
Sin se poder detener  
El que bien la quiere y ama.  
Así que no son burletas  
Pues por todos ha pasado  
Decir que más tiran tetas  
Que sogas ni guindaletas  
Al que está de ellas picado.



Martirio de santa Águeda, por Sebastiano del Piombo, 1520, Palazzo Pitti, Florencia.

Probablemente, del uso ambiguo de la palabra guindaleta, que lo mismo significaba cuerda que la primera mula de un tiro, vendría después la rima de las carretas que a nosotros nos son más familiares en el lenguaje común.

Muy frecuente en la tradición e incluso usado como canción de mayo para rondar por las calles, es el Retrato, canción dieciochesca con la que el poeta iba pintando en versos todo el cuerpo de su amada después de haber invocado a Apeles y haber solicitado sus pinceles para hacer un correcto dibujo. Según las versiones, los pechos se comparan con frutas (manzanas, limones), flores (azucenas), jarros de plata, e incluso y un poco forzosamente con una pieza del carro:

Desde tus brazos niña  
Bajo a tus tetas  
Que parecen los cubos  
De las carretas.

Lo más frecuente, sin embargo es que se los compare con fuentes claras. Parecido símil encontramos en un Padrenuestro a lo humano que comienza:

Padre, padre nuestro  
Que estás en los cielos  
Mira mi morena  
Qué mata de pelo,

El autor vuelve a usar la excusa de los pechos como lugar de donde brota la abundante fecundidad

Esas tus dos tetas/ son dos fuentes de agua  
donde yo bebiera/ si tu me dejaras  
Esas tus dos tetas / son de leche y miel  
Donde yo bebiera/ por los siglos amén

seguramente porque el pecho femenino es una parte del cuerpo que representa claramente la fertilidad, y es, además de un venero alimenticio, una fuente de sensualidad para el varón. Por eso, cuando el instrumentista que toca el pandero es un hombre (cosa que ciertamente no es habitual) quiere dejar clara tal circunstancia con una seguidilla como ésta:

Como no tengo tetas/ como vosotras  
se me cae el pandero/ hasta las pelotas

recordando que en algunos casos, y sobre todo en el uso del pandero cuadrado, las mujeres apoyaban el bastidor del instrumento sobre sus pechos para ejecutar los ritmos con más comodidad y eficacia.

Mencionaré también algunas leyendas acerca de determinadas fuentes cuyas aguas tenían propiedades curativas y eran muy apreciadas para lavar los senos y que éstos procuraran abundante leche. En algunos casos, incluso, esa agua era refrendada por una especie de bendición de santa Ana ante cuya imagen se colocaba el líquido para que tuviera mayor efecto. Si los hombres acompañaban a las mujeres a esa ceremonia corrían el peligro de sufrir el mismo aumento de tamaño y de secreción, de modo que solo podían volver al estado anterior tras haber cumplido con una serie de ritos expiatorios.

El funcionamiento de muchos ritos simpáticos llegaba en ocasiones hasta el extremo de creer que de algunas de esas fuentes no solo manaba un agua con determinadas pro-

iedades, sino nada menos que leche y miel. En tales casos, la Virgen se encargaba de llevar por la noche a los niños sin madre a esos lugares para alimentarles allí y aún se decía que las criaturas tenían por la mañana las comisuras con restos de aquella leche.

El tamaño de los pechos, su mayor o menor volumen, se resuelve, en el campo de la paremiología con tres refranes: «La teta en la mano quepa», «La teta que es más chica que la mano no es teta sino grano» y «La teta que la mano no cubre no es teta sino ubre», con cuyas sentencias se prueba hasta qué punto el refranero basa su éxito en tener fórmulas para todos los gustos y situaciones. Las mujeres que iban a tener el primer hijo también sabían que «A la mujer primeriza antes le aparece la preñez en el pecho que en la barriga».

En el terreno de la leyenda son muy frecuentes en toda Europa los relatos legendarios sobre personajes encantados o hadas que, sin ayuda de varón, tenían niños. Estos pobres infantes les salían a veces tan feos que las hadas los cambiaban por otros más guapos dejando a cambio los suyos. Se decía que llevaban a sus criaturas a hombros y que para alimentarles tenían que echar sus largas tetas hacia atrás para que los niños pudiesen alcanzar el pezón. Tal creencia, al decir de muchos estudiosos, se basa en la tradición de hacer a esas hadas habitantes de cavernas y cuevas muy profundas –se las oía hablar a veces debajo de la tierra, decían– y en la confusión de considerar las estalactitas y estalagmitas como largas tetas de las hadas.

La comparación de las tetas con campanas tampoco es infrecuente. La encontramos, por ejemplo, en el romance del cura y la criada que dice:

El cura Perico/tiene una criada  
le cose y le lava/y le hace la cama.  
A la media noche/llamó a la criada:  
–Dame el chocolate./–Pues no tengo agua



–Sácala del pozo./–La sogá no alcanza.  
 –Estírala un poco./–Ahora sí que alcanza.  
 Y al brocal del pozo/la picó una rana.  
 A los nueve meses/parió la criada  
 y parió un curica/con capa y sotana.  
 Llévale al hospicio/ no me da la gana  
 Que tengo dos tetas/ como dos campanas  
 Y me dan más leche / que el río trae agua.

La palabra pecho, en singular, tiene también una ambigüedad que juega a favor de la inspiración lírica. El pecho recibe entonces no solo la significación de cada una de las mamas sino del espacio físico que da albergue al sentimiento, probablemente por contener en su cavidad al corazón, el órgano más utilizado por los poetas para reflejar los afectos, la ternura, la pasión y la tristeza. El corazón tiene personalidad y puede por tanto cansarse, ablandarse, ser duro, partirse, arder, volverse del revés, recibir cualquier simiente y germinar, etc. etc. Cuando la palabra se usa en plural ofrece menos dudas: los pechos son fuente de sensualidad y de fantasía para el varón y especialmente cuando lleva a cabo rituales como la ronda, en la que los distintos emplazamientos en que se sitúan el hombre y la mujer dan lugar a ilusiones, ensueños o utopías de aquél:

Quién fuera clavito de oro/ donde cuelgas el candil  
 para ver tus pechos finos/ cuando te vas a dormir.

En otros casos sirven de dulce almohada para la cabeza cansada del amado; así al menos parece proponerlo la dama que tienta al rústico pastor con sus encantos físicos en aquel famoso romance que dice:

Pastor que estás en el monte  
 y duermes con los heleichos  
 si te casaras conmigo  
 durmieras entre mis pechos...

oferta que no parece suficiente al pastor para abandonar su ganado, ni aunque se la den

adobada con los atractivos añadidos de la blancura o de la primicia:

Mira qué pechos más blancos  
 que jamás han dado leche.  
 Contesta el buen del pastor:  
 –A un perro que se los echas...

El desprecio del rústico que prefiere su soledad a la compañía femenina con sus halagadores encantos y sus promesas atractivas ya tiene un precedente en el romance del siglo xv de la «Gentil dama» en el que ésta tienta al pastor con un retrato aparentemente irresistible:

Hermosuras de mi cuerpo / Yo te las hiciera  
 ver: / Delgadica en la cintura / Blanca soy como  
 el papel / La color tengo mezclada / Como rosa  
 en el rosel / El cuello tengo de garza, / los ojos  
 de un esparver (gavilán), / Las teticas agudicas  
 / Que el brial quieren romper...

Este breve recorrido por algunas creencias, relatos o expresiones que la tradición ha conservado durante siglos acerca del pecho femenino, muestra el tesoro de fórmulas populares agavilladas generación tras generación que hacen buena la paremia: «lo que en la cuna se mama, en la sepultura se derrama».

#### Notas

<sup>1</sup> Publio VALERIO MÁXIMO, *Los nueve libros de los ejemplos: y virtudes morales de Valerio Máximo*. Libro V, Capítulo IV, Sevilla, Francisco de Lira, 1631. <https://books.google.com.ar/books?id=gdj8toPwXMC&printsec=frontcover - v=onepage&q&f=false>

<sup>2</sup> Giovanni BOCCACCIO, *De las mujeres ilustres en romance*, Capítulo LXV, Zaragoza, 1494.

<sup>3</sup> FRANCISCO DE GUZMÁN, *Triunfos morales*, Medina del Campo, 1587.

<sup>4</sup> José Manuel FRAILE GIL, «Amas de cría. Campesinas de la urbe», *Revista Folklore*, 221, 1999, pp. 147-159; IDEM, *Amas de cría*. Catálogo de la exposición. Centro de Documentación Etnográfica sobre Cantabria, Madrid, 2000.

<sup>5</sup> Juan ESLAVA GALÁN, *Historia secreta del sexo en España*, Ed. Temas de hoy, Madrid, 1991.

<sup>6</sup> Fray ANSELMO, *El libro de los remedios*, Ed. Karma 7, 1996.

<sup>7</sup> Juan AGÜERO DE TRASMIERA, *Probadas flores romanas de famosos y doctos varones compuestas para salud y reparo de los cuerpos humanos* (c. 1512), Turpin editores, Madrid, 2012.

<sup>8</sup> Santiago DE LA VORÁGINE, *Leyenda dorada*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

<sup>9</sup> Antonio CASTILLO DE LUCAS, *Folkmedicina: medicina popular, folklore médico, etnomedicina, demoia-*

*tría, etnoiátrica: y otras denominaciones de la ciencia dedicada al estudio de la sabiduría popular y tradicional en relación a las enfermedades del hombre y al arte de curarlas*, Ed. Dossat, Madrid, 1958.

<sup>10</sup> Johannes DE CUBA, *Hortus sanitatis*, 1491.

<sup>11</sup> José María DE IRIBARREN, *Retablo de curiosidades*, Imp. Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1940.

<sup>12</sup> Sebastián DE HOROZCO, *Teatro universal de proverbios*, edición, prólogo, índices y glosario de José Luis Alonso Hernández, Groningen, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1986.